

ANGELICA.—Esas son cosas muy naturales de la vida...

CARDOSO.—Sinó que lo diga yo...

MARIA LUISA.—No pienso separarme más de tu lado... Aunque me muera de hambre.

ANGELICA.—Porque no le decís al oído eso que tenés que decirle...

CARDOSO.—Aquí no se lo diga que nos vamos a poner colorados... Por aquí. (*Cardoso acompaña hasta la puerta izquierda a María Luisa, los otros a Rodolfo*).

Angélica, Cardoso, Espumadera, Ojo de Agua. Cardoso se queda pensativo

ANGELICA.—¡Qué alegría encontrarme con ustedes! ¡Fuimos a la Asistencia Pública y todo!... ¡Vinieron en auto?... ¡Qué escándalo! ¡Cómo salieron!

ESPUMADERA.—¿Cómo salimos?... ¡Bien! A Cardoso le encajaron un botellazo en la pierna. ¡Estireselá, diga! Yo... Yo me toco la cabeza y no sé si la tengo. ¡Qué modo de llover castañazos!... ¡Yo me los atajaba todos en la cabeza!... ¡Qué papa!

OJO DE AGUA.—A mí me encajaron un sillazo que fui a dar contra una columna de fierro...

ANGELICA.—Y yo, cuando fui a separarlos perdí la cartera. (*Cardoso y Ojo de Agua miran a Espumadera*). Lo bueno que no tenían nada de valor...

ESPUMADERA.—¡Usa cartera sin nada adentro! ¿Es ésta?...

ANGELICA.—Es esa. ¿Dónde la encontré?...

ESPUMADERA.—Adentro de la caja de mi guitarra.

CARDOSO.—Decime sinvergüenza, ¿y tenés el coraje de robarle la cartera a una persona que es casi de la familia? ¡Piantá de aquí! ¡Pianten de aquí!

ESPUMADERA.—¡Y qué sabía yo, si estaba todo oscuro!...

CARDOSO.—¡No quiero verlos más conmigo!... ¡Píantensen atorrantes!... ¡Qué no los conozcos! ¡Fuera de aquí!

OJO DE AGUA.—Oh, ¿y ahora qué meca te ha picao?...

CARDOSO.—Y váyanse porque ahora voy a ser yo el que va a empezar a golpes...

OJO DE AGUA.—Está bien... ¡Nos vamos!... ¡Pero a mí no me hablés más!...

ESPUMADERA.—¡Jamás para toda la vida!... Y si algún día querés formar tercero no contés con nosotros... Vamos a formar un secundeto.

OJO DE AGUA.—¡Se acabaron los ruiseñores! Vamos Espumadera...

ESPUMADERA.—A les pies de usted, señora...

OJO DE AGUA.—(*En la puerta del foro*). ¡Atorrante!

ESPUMADERA.—¡Conventillero! (*Mutis los dos*).

Angélica y Cardoso

ANGELICA.—¿Y por qué los echás?... Yo que venía dispuesta a ofrecerle un contrato para el Brasil...

CARDOSO.—La que debería ir al Brasil sos vos. No sé si te habrás dado cuenta que aquí estás en la pieza de un muchacho pobre, pero honrado y si viniera la madre de Rodolfo, tu presencia haría muy mal efecto...

ANGELICA.—Parece que me estás echando...

CARDOSO.—Tomá... andá a comprarme cincuenta centavos de yerba... ¿querés?...

ANGELICA.—¡Desgraciao!... ¿Crees que necesito de tu plata? La culpa la tengo yo de haber puesto mis ojos en un atorrante como vos... Si María Luisa pregunta por mí, decíle que me he ido y si se arregla con el marido, que no se olvide de devolverme las ligas rosadas que le presté... (*En la puerta del foro*). ¡Grosero!... (*Mutis. Cardoso corre para castigarla, pero se contiene, cierra la puerta del foro y se queda pensativo, se rasca la cabeza. Oye golpear en*